

# CUANDO SUELTAN CABALLOS

---

Autor: RICARDO MALDONADO

---

Cuando sueltan caballos ayer  
y salen bañados en sudor bajo las estrellas.  
Mañana escribo este apunte de impresión,  
porque todo es hoy  
una suma de imagen preñada,  
una gatería en la gata,  
una conejera en la coneja,  
un historial de huevos en la tortuga.  
Así, lleno de pichones cada instante  
y se multiplica para vencer la soledad  
de un planeta que cualquier día se queda solo  
si no aprende hoy en el amanecer del séptimo día  
a multiplicarse en relación conjugada,  
en mirada correspondida,  
latido al lado, salto por el otro.

Cuando quizás eso sentía sobre el lomo  
de un día entero escaldado,  
de sol a sol en cuero la dulce bestia

con el ángel que mora en un ojo.

Cuando ahora, bajo las estrellas con palpitaciones  
en el morado estanque invertido,  
fresco y desensillado,  
consigo mismo, sin el hombre,  
el belfo resonador por doquier  
en el potrero por las afueras de Galarza,  
la atención de la cerda puesta solamente en la brisa  
y en ella los teros que escanden versos inconfesos.

Sólo los teros y los apagados galopes  
que lo reclaman desde hace siglos;  
y se deja estar para secarse  
con esos brillos tatuados en el lomo,  
en el temperado aire que le temple el pelaje,  
rosillo ha de ser, ahora azulejo,  
camaleón equino en la noche,  
mudándose en la sombra,  
síntoma y clave de lo que emerge  
de un mañana antiguo,  
cuando todo haya pasado  
y nadie escriba ya.

Cuando a veces se apura el sentido  
la realidad se apura,  
aún dormida entre las hojas,  
hamacada aún con un desfile de nubes  
como sueños de quién sabe.

Da un salto a veces el manso de andar,  
trueno de pronto, tajante el vaso,  
irrumpe como el que se yergue  
de pronto en la cama con la certeza  
de estar en otro lado, y al despertar  
se desencanta del presente,  
duda de toda realidad,  
tan encantado como estaba  
cuando fue unicornio,  
y hoy tira el carro cartonero  
de una época que perdió  
el ay de sus partes nobles.

El caballo gira de pronto  
para nacer desnudo en la desmesura,  
y cuánta gracia que a nadie toca,  
renegado de toda alabanza,

cuando pasa al trote  
y no sabe cómo ni porqué  
el pobre tipo que en su miseria se sienta  
en silla rota de plástico blanco,  
equilibrando en una sola mala pata;  
ese que está a la entrada del basural  
y miserable reparte migajas de miseria  
con el látigo al desvalido cuadrúpedo.

El bípedo vestido se la agarra  
con el enteco mágico rocinante,  
ese que lleva por virtud  
unos pajaritos sanadores debajo del cuero,  
un agua del Acuífero Guaraní que se eriza,  
mariposas en el lomo azulado, madrecitas del arte,  
hambre y soledad en los ijares,  
el primer rubor del día demorado ahí nomás  
en un rosa imposible y solitario.

Y hay que ver ese turbio cuadro de trasteras  
con lengua inútil y rodeado por el humo,  
el único ideograma donde arde la sociedad cobarde  
su prueba fallida del paraíso  
y el granizo de la ciega justicia

precipitándose hasta rebotar  
contra el último, último, último más infeliz.

Pasa el caballo tan rápido que apenas sucede,  
como quien, en esos instantes baratijas  
dice: ¿qué hace que pusiste la ropa  
a secarse al sol y ya está sucia de nuevo  
con la señal de lo vivido en el desgaste?

Y así cada día es sólo una mancha  
que el agua habrá de llevar.

Las horas se ponen negras así,  
se degradan, juntan costras,  
despiden turbias circunstancias.

Y todo se lava a la velocidad de cuanto olvido  
y el sol seca lo por entonces dejado al sereno  
que orea el pelaje y le da brillo  
para un hambre de libertad.

Cuando ríe por el momento la realidad,  
una gran luz que se cuele por la grieta  
y hace sonar los baldes  
contra la pared del surtidor público,  
como los cascos que fueron al destiempo

y van por hoy cuando de allá volverán ayer  
a un cuero estirado;  
y se hace la siesta entonces,  
se hace la luna, se consuma el rapto,  
y está lo descalzo buscando lo fresco  
y por la grieta entra un haz de resplandor  
con paloma torcaz y todo,  
arriba de esas cabezas  
expuestas al pertinaz estío  
en el pueblo de cuatro calles.

Los momentos vitales se suceden  
y alguien, seguro niño,  
los busca y encuentra;  
sólo los niños encuentran  
de esa manera una torcaz,  
tan quietita, tan disimulada en el cable,  
en las ramas del aromo dado vuelta en flores.

Cuando ríe por el momento  
la manifiesta circunstancia del mantel aseado  
y el piso de cara lavada para un domingo sonrío  
y en el lampo ya sucedido hace tanto

entra una mano femenina  
a la velocidad de sus trajines  
y el balde ya está vacío nuevamente,  
como el momento cuando devora su combustión  
y se come sus pichones para no dejar rastros,  
... y de nuevo gurí al surtidor,  
talón en tierra, talón verde de pisar dientes de león,  
talón aromado de pisar hojas de menta,  
talón que fue y vino con la descarga  
de la fresca entraña para que el jarro  
aumentara la sopa.

Es una grieta apenas donde cruza un caballo  
y un parpadeo de la luz del mundo con lo que lleva;  
la memoria conoce el nombre de su pelaje,  
poblado y rumoroso, fresco como el canuto  
que tiene en sí la pluma,  
que tiene en sí al plumaje,  
que tiene en sí al ave emplumada,  
que tiene en sí al sonido puro y al vuelo puro  
que en no bastarse cifra su determinado fin.

Cada caballo sueña

con el arco multicolor del origen,  
cuando seco y solo en el potrero  
se restituye su ser salvaje,  
se deja llevar por constelaciones,  
se frota con las esferas,  
tiene temblores de súbito,  
sabe qué ángel mora  
en su ojo de piedra mora  
y qué galope lo lleva invicto  
a la nueva era.

Los caballos sueltos  
conocen el libro abierto de la noche  
y en ella los cantos ya sin posible traducción  
para nosotros.

(Del libro: "La cuerda cuarta y otros poemas" – 2018)